



LA RÁBIDA

REVISTA COLOMBINA IBEROAMERICANA

SEGUNDA ÉPOCA

Redacción y Administración: SAGASTA, 37

AÑO XI

Huelva 31 de Diciembre de 1923

Número 113

DIRECTOR PROPIETARIO: JOSÉ MARCHENA COLOMBO

¡Madre España!

Salve, ¡oh madre de veinte naciones!

Pasas a la hora presente por la dura prueba de un régimen extraordinario, en que la restricción del pensamiento es una de las características, con la suspensión de todas las demás garantías constitucionales.

No quiero averiguar si hubo o no razón bastante para tan extremada medida; pero es un hecho consumado, y hay que partir de él para toda especulación en este orden de ideas.

Hablo desde España y pienso desde América; desde nuestra América, que no puede ver indiferente la suerte de la madre.

No se trata, pues, de poner obstáculos al desenvolvimiento del nuevo régimen.

El Directorio militar, que hizo la llamada revolución del 13 de Septiembre, anunció que sólo necesitaba tres meses para instaurar en el Gobierno un sistema de régimen civil y no ha logrado este propósito. El régimen sigue siendo militar, con cierta cooperación civil, nada más.

Los signos exteriores de la situación—sin penetrar mas hondo—dicen claramente de las dificultades que el Directorio halla para su noble afán de dejar, en el tiempo previsto, restablecida la normalidad del poder civil.

Y es que hay que dar la cara a la realidad: depuestos definitivamente los hombres políticos del llamado «viejo régimen», no se vislumbra la fuente a donde se pueda ir a buscar el sustituto.

Ello tiene que ser objeto de larga y cuidadosa preparación, y ello daría lugar a que la interinidad militar dejara de ser tal interinidad, para convertirse en una situación de normalidad... anormal, si se permite la antinomia, que es afirmación y negación a la vez, o lo que es lo mismo, sumandos insumables por su heterogenidad y antagonismo.

El problema de gobierno más grave y complejo para el Directorio militar, ha de ser el de la hora de abandonar el poder.

No hablo como político, porque no lo soy. Hablo como español, inspirado en el justo anhelo de ver a mi España feliz.

No se me oculta la dificultad de

abordar publicamente esta cuestión desde las columnas de un órgano de publicidad que no es político; pero ya he dicho que «escribo desde España y pienso desde América», aunque mejor habría podido decir «siento», porque las cosas del iberoamericanismo dicen más al espíritu que a la mente, y yo hablo ahora como iberoamericano, que quiere decir hombre amante de su raza, de las tradiciones, de la fé de los mayores, del porvenir, en fin, de todos los pueblos que integran aquella.

Insisto, pues, en que hay que dejar al Directorio militar, tiempo y oportunidad para cumplir



HUELVA.—Círculo Mercantil y Agrícola

los compromisos que contrajo con la nación, y hasta con la raza toda, al apoderarse del poder.

Nada de pensar en nuevas violencias, que serian suicidas, y que además, darian un ejemplo pernicioso a nuestras hijas de América, ya de suyo inclinadas, algunas de ellas, a esta clase de medios para escalar el gobierno.

Pienso, al contrario, que es la hora de la reflexión serena, para acabar de una vez y trazarse el camino del bien y de la dicha para todos.

Frente a un hondo pesimismo del presente, pongo un profundo optimismo del porvenir, fiado en la vitalidad de la raza, y en la esperanza de un esfuerzo colectivo que dé cima al pensamiento de crear otra vez una España grande fuerte y respetada, una España en cuyos dominios espirituales, hogaño, como antaño, «no se ponga nunca el Sol»...

Si para ello hay que hacer sacrificios de opinión, y hasta de intereses y hasta de vidas, ¡vengan los sacrificios!; que no serán los primeros en la historia, ni de seguro los más grandes que registren sus páginas gloriosas, preñadas de héroismos incomparables.

Hay que pensar, repito, en la Gran España; hay que pensar que más allá de las fronteras peninsulares hay muchas miradas que observan, muchos corazones que palpitan, muchas esperanzas que se juntan anhelosas, todas ellas por la suerte de España, porque la suerte de España será la de la raza que ella formó y que es parte de ella misma.

Y tócame ahora decir al Directorio militar, que cuando se hallen agotados todos sus medios para buscar solución al conflicto de la restauración del poder civil, hay en América una legión de hombres, grandes administradores, amantes de su España y de sus terruños respectivos, en el buen sentido del concepto «regionalismo», que es también amor de patria cuando no se le quiere dar carácter de segregación, que ni la Geografía ni la Historia admiten; hombres, digo, capaces de abandonar sus negocios, sus grandes y poderosas empresas, sus haciendas, sus familias, para venir a servir gratuitamente a su patria, de la misma suerte que darian su vida para defenderla contra una invasión extranjera.

Un llamamiento no más, un simple toque de corneta bastaría para verlos llegar a centenares, dispuestos a cooperar en la obra de la salvación de su patria, y lejos de serles gravosos, darianle también su concurso material, para hacerla otra vez poderosa y grande.

No están, pues, cerrados todos los caminos; y es evidente que con el concurso de las intelec-

tualidades que España tiene en casa, ganosas también de colaborar desde sus respectivas esferas de acción a su engrandecimiento, el Directorio militar que ahora rige interinamente los destinos de España, habría dejado una página en su historia y habría puesto un jalón en la obra que España y América tienen que realizar juntas, cojidas de la mano, para salvarse de consuno y para hacer de la raza iberoamericana un factor prepotente en los destinos del mundo.

VICENTE BALBÁS CAPÓ.

Madrid Enero 13 de 1924.



Sal del Odiel

Es sabido que en toda la región del planeta donde el sol luce como en Andalucía, la gente es ingeniosa e imaginativa. Pero lo que por ahí no aprecian bien es la rapidez del ingenio nuestro.

Le decía yo a un gran orador una tarde en el restaurant del Congreso: Mire V., en Andalucía hace mucha menos falta de lo que cree la gente eso que se llama instrucción. Me fundo para pensar así en que, por ejemplo; a un barbero en Sevilla o en Málaga le cuenta V. mientras lo afeita, todo lo que V. sepa de un asunto y cuando se ha concluido el afeitado, el barbero sabe tanto como V. Y eso pasa con los cocheros, con las criadas... con el pueblo. Esto es, que el talento natural suple casi al conocimiento que la instrucción trasmite... En cambio en materia de educación estamos perdidos, porque aquí donde todo el mundo es tan listo, escasea más la vergüenza. Quiero decir, pleamar de talento y absoluta bajamar de carácter.

Pero no es lo notable el talento, sino la rapidez del mismo. Mire V. qué caso. En un banco de la plaza del Duque de Sevilla, duerme a media noche un hombre. Es chiquitín, amojamado, y tiene una papalina el buen señor que le arde la cabeza.

Un Municipal alto, fuerte, buen mozo, se dirige al borracho y zamarreándole le dice: *Oiga V., so pelma: ¿V. no sabe que esto no es ninguna fonda? ¿V. no oye?... y meneón va y meneón viene...* Nada. El borracho sigue impasible con sus ojos en blanco medio abiertos, su lengua floja que dice cosas inarticuladas y su cuerpo completamente desplomado en el asiento del banco.

El municipal un poquito amoscado por la resistencia inconsciente del curda, lo incorpora a

la fuerza y consiguió sentarlo, diciéndole: *¡Mal-dita sea...! ¿V. no oye? ¡Que a dormir a casita! ¿Se entera? ¡A su casa!*

Pero el borracho hace un gesto incoloro, de absoluta indiferencia y se vuelve a caer en el banco.

El guardia entonces perdida la paciencia, lo abarea de un puñado, y como el pobre hombre era una *torcia*, lo bambolea en el aire y se lo echa al hombro.

Y con él al hombro acude a la próxima prevención. Con el tío a cuestas el guardia llama a la entrada.

¿Quién es...? preguntan por dentro.

Y entonces el borracho adelantando la contestación del guardia, dice con la lengua bastante *trapajosa*:

¡La emursión... de Escó!

El hecho rigurosamente histórico, es monumental: La rapidez es asombrosa, porque aunque el borracho hubiera ido pensando mientras iba en el hombro del guardia, que a él lo llevaban como al bacalao del prospecto de la Emulsión de Escott, la pregunta del encargado de la prevención es inesperada. Y el acto de personificarse en el pescado que el marinero lleva al hombro, es producto de una relación mental rapidísima y llena de gracia.

Esa es Sevilla, esa es nuestra tierra: luz, transparencia intelectual, ingenio peregrino, y la conducta... ordinariamente menos que media: ¡El Señor nos alivie!

El orador oyendo contar esto se reía de firme y exclamaba: *Es verdad, esos sevillanos, son griegos.* Y el político ilustre tenía razón.

M. SIUROT.

(Prohibida la reproducción.)

DESDE LA SIERRA

CARTAS INTIMAS

III

Querido Manolo: Si lo prometido es deuda, voy a cumplirte mi promesa hablándote del café de la Sierra.

El café de la Sierra es una institución, tiene algo de rito y he llegado a creer que los momentos del «apartado» «tueste», «molido», «pase», «distribución» y «conservación», están consagrados a divinidades protectoras que el «oficiante» invoca con palabras de hondo sentido cabalístico.

A las horas fijadas y previa la preparación

oportuna, se hace el «apartado» del grano para proceder al «tueste», operación que requiere movimientos acompasados y lentos, interrumpidos por vueltas bruscas, para que el contenido cambie de postura en el cilindro continente y la llama bese, por igual, el grano, hasta dejarlo de color obscuro rubicundo: el tufillo que despidió dilata la nariz del oficiante, que aspira el aire con embriaguez.

Terminado el «tueste» comienza el «molido» —la molinera suele ser «oficiante»;—el manubrio hay que moverlo con rapidez y en cuanto termina el último crujido de la trituración y se abre la caja donde cae la molienda, es corriente aplicarle el olfato y hasta llevarse un poco a los labios.

El «pase» —a mi entender lo más complicado —es el instante de las palabras sibilíticas: ofrendadas durante el suavísimo: glu... glu... glu... del goteo: el «oficiante», oído atento, no respira y en la casa no se oye el menor ruido.

Después sigue la «distribución» para el servicio, que también tiene su estudio; y últimamente la «conservación al «baño de María», ciencia delicadísima, teoría y práctica, saber y experiencia de trascendental importancia para evitar, que «se pase de fuego»...

Si eres forastero y pides café, y no es la hora del «pase», te contestarán en tono afable y un poco misterioso, como si te revelaran un secreto: «Espere usted; está «pasando».

Y en efecto, a los 15 minutos o media hora, se te presenta el dueño del establecimiento con una bandeja reluciente y sobre ella el platillo, la copa limpiísima y una elegante cucharilla...; esperas un rato que pudiera ser como la antesala o la preparación espiritual para que te des cuenta de lo que vas a recibir, y momentos después vuelve el dueño del café con la cafetera de brillantes reflejos; ufano, erguido, sabiendo lo que sostiene en sus pecadoras manos, y con el aire satisfecho de que te va a servir «eanela pura».

Lo he observado siempre: el momento de inclinar la cafetera es solemne; la conversación se interrumpe, el portador del preciado líquido se pone serio, los que van a saborear el néctar y los miriones —ya han tomado «lo suyo»— se extasian contemplando el estrecho cañoncito, provisiónador de la dicha, y al asomar la pequeña bomborita de color de caramelo transparente, humeante y melosa, anunciadora de que detrás viene lo «rico»; las caras toman expresión de satisfechas, las miradas se cruzan —lenguaje convenido— diciéndose: ¡Buenísimo! ¡ambrosiá! ¡gloria! Se oyen algunos suaves chasquidos de len-

guas que se oprimen y se separan de los paladares—lamerse y relamerse imaginativamente—y el negro líquido, con bordes de oro, cae solemne, ambarino, llenando magestuoso la taza o la copa y dejándose ver, en toda su grandeza, despidiendo un perfume que se saborea.

Es el instante en que se entornan los ojos y se musitan plegarias, porque yo te aseguro, y en verdad lo digo, que ni he visto, ni olido, ni bebido cosa más deliciosa.

¡El café de la Sierra!

Si lo probastes alguna vez, comprenderás no hay exageración en cuanto digo.

Desde que te alejas del Guadiana y pasas Villablanca, o del Odiel y llegas a Calañas, o del Tinto, desbiandote hacia Niebla, camino de Val verde, hasta llegar a Aracena, todo el Andévalo y la Sierra adoran el café, preparándolo con una pulcritud exquisita y ofreciéndolo con una munificencia que alegra las horas.

En este simpático pueblo de Cortegana—en todos los de la Sierra sucede lo mismo—el café es el reloj del día. Te anuncia la mañana en taza humeante que disipa las pesadillas de un mal sueño; se repite—marcando las horas—una, dos, tres veces, hasta el momento del almuerzo, y con el último bocado, el corteganense legítimo se encamina, con paso lento, por estas empinadas y risueñas calles, en dirección al Casino, tienda, botillería—cada uno a la suya—donde van entrando, sabedores de la hora del «pase», para satisfacer el ardiente deseo de la pasión favorita.

El café es el gran nivelador de Cortegana, tan demócrata como Huelva: en la camilla, en la mesa, en el velador, en el mostrador están juntos, en simpatiquísima camaradería, todas las clases sociales, y lo mismo el señorito que lleva hongo o «pajilla», que el arriero de sombrero valverdeño o manufactura de Cumbres Mayores y azulada blusa, esperan, estáticos, la consumación del tonificante producto tropical, amigo, consejero, mediador en los contratos, conciliador en las discordias, alegría del triste, consuelo del afligido; bálsamo de todas las heridas y alma de la Sierra, que tiene siempre avivada la horniella, tostado el grano, presto el «cuelo», brillante la cafetera y transparente la copa para ofrecer al visitante o al huesped, «a la paz de Dios», un alto en la lucha, un asiento fraterno, una hora de descanso y una taza o vaso del líquido incitante y reconstituyente que te abre las puertas de la hospitalidad.

—Buenos días... Y aún no te han devuelto el saludo cuando has recibido la invitación.

—Tomará usted café. ¿Verdad?

—Buenas tardes.

—Vamos — contestan — una «migajina» de café.

Te vuelves a encontrar al amigo o al conocido y te dá otro golpe. Y es inútil que te resistas.

—Bueno, si no quiere usted una taza, un «minúto».

—¡Ah el minúto! ¡Qué grande es la invención del «minúto», querido Manolo!

La idea fué de un distinguido médico de este pueblo. El sabio galeno, devotísimo ferviente del Moca, Puerto Rico, Caracolillo y Yauco, comprendiendo que en todo es malo el abuso—hasta del café serrano pensando, pensando encontró la fórmula.

Si la necesidad es tomarlo, disminúyamos la cantidad para consumir la misma dosis en mayor número de veces y tiempo — se dijo — ; y una buena tarde llegó al Casino y pidió, con frase de feliz acierto, menos porción... un «minúto»... Desde aquél día hay hombres que cuentan las horas por «minútos».

Un café vale 20 céntimos, un «minúto» 15. Te doy mi más seria palabra de que por ese insignificante precio no has tomado nada más sabroso, más aromático, más digestivo, de un dulzor amargo graso — no encuentro la palabra — que deite, recree, anime, fortifique, aleje los malos pensamientos, calme los nervios, alegre la vida; y en las noches, sin rival, de esta Sierra, en las horas felices en que todos los vecinos paladean a cucharaditas, tragan a pequeños sorbos o apuran ávidos la bebida de los dioses, refleje en el cristal de las copa, las miradas envidiosas de las estrellas que apetecen probarlo.

Un dato: en dos meses y medio, el Gran Casino — un estupendo acierto arquitectónico del señor Carasa, ya te hablaré — consumirá 1.505 pesetas en café. Suma el consumo de los otros establecimientos — aquí lo expenden todas las tiendas de bebidas, y no escasean — y verás que total...

No quiero concluir sin comunicarte un secreto:

Acerca el oído, y, por tu honor, cállamelo, prométele... ¿Prometido?

¡Yo tomo el café con muchísima leche! ¡Soy merecedor del más grande de los desprecios!

===

Salgo para Santa Ana que está de fiestas;

deseo verlo todo, porque cada día me interesa más nuestra Sierra; debemos conocerla por amor a la provincia.

Tuyo.

Por un onubense,

José Marchena Colombo

Cortegana y Julio 923.

(Prohibida la reproducción)

Sobre una frase amenazadora de Mr. Hughes

Es de tal importancia y trascendencia el artículo del ilustre pensador y publicista, colaborador de la «La Rábida», don Baldomero Sanin Cano, publicado en «El Sol» de Madrid, hace pocos días que creemos un deber reproducirlo.

¡Con cuanta razón nuestro admirado amigo pide que el Consejo de la Sociedad de Naciones estudie y discuta serenamente la declaración de Mr. Hughes!

La autorizada pluma de Sanin Cano da un toque de atención que el iberoamericanismo, como fuerza moral, debe recoger:

Señor director de EL SOL.

Mi distinguido amigo: Es su feliz y bienvenido editorial del 7 del mes en curso sobre «El nuevo monroísmo»; leo esta cita del discurso pronunciado por Mr. Hughes secretario de Estado de mister Coolidge, en la celebración del centenario de la doctrina monroviiana: «Nos proponemos defender el Canal de Panamá en todas las circunstancias, y no podríamos obrar de otro modo con respecto a cualquier otro canal que se construya entre el Atlántico y el Pacífico». No había querido llamar la atención del público español y americano a estas palabras, temeroso de que la transmisión telegráfica las hubiese adulterado o les hubiese agregado un sentido que el orador acaso no quisiera darles. Los periódicos de la América del Sur, en cuyas columnas aparece transcrito el discurso de mister Hughes, dan la misma versión del citado párrafo. La transcripción de EL SOL es, pues, correcta, según todas las apariencias.

De los diarios europeos y americanos que he leído después de haber sido pronunciadas aquellas palabras de Mr. Hughes, es EL SOL el primero en señalar su ominosa resonancia. Tienen el mismo valor que las pronunciadas en hora tristemente solemne, en el Parlamento alemán, por una condigna víctima del arrogante imperalismo. No es maravilla, sin embargo, que la Prensa haya callado en América y en Europa como si se tratase de los inciertos canales de un vecino planeta. Lo sorprendente y doloroso es que los Gobiernos de diez o doce Repúblicas americanas, por cuyo territorio puede pasar un canal del Atlántico al Pacífico, y cuya soberanía queda afectada por las palabras del secretario de Estado yanqui, no hayan enviado a Washington una nota de protesta. Es menos extraño que las naciones europeas hayan permanecido indiferentes ante aquella declaración; pero es obvio que el punto también les atañe. La pro-

tección se ofrece contra una probable amenaza. ¿Quién o quiénes amenazarían el libre uso de un canal interoceánico en América? Seguramente las naciones poseedoras de grandes y ociosas Armadas. En América solamente los Estados Unidos pueden ufanarse de tener a su disposición naves de guerra con que amenazar a países indefensos, y no es de creer que la gran República del Norte piense en defender contra sí misma los futuros canales de América.

El Canal de Panamá fué un error de los técnicos. Costó ocho veces más, construido con esclusas, de lo que habría costado abrirlo a nivel, a través del Darién, utilizando las aguas del caudaloso Atrato; el Nilo suramericano por la posición que ocupa y por la fertilidad inverosímil y la riqueza mineral de las tierras que baña. Es el sentir de ingenieros ingleses, que han estudiado el terreno y las necesidades del tráfico. Los mismos ingenieros yanquis reconocen ya que el canal por el lago de Nicaragua habría sido menos costoso, así en la apertura como en la conservación y explotación. El Canal de Panamá puede llegar a ser insuficiente para el tráfico del mundo. El Istmo del Darién parece llamado a ser el centro de un tráfico en que se cruzan los productos de Europa, de América, Asia y Oceanía. El Canal de Panamá, servido por medio de esclusas, es de lenta operación, y, en concepto de algunos ingenieros, su mantenimiento es cada día más difícil por lo deleznable y absorbente de los terrenos en que fué excavado. El mundo habrá menester pronto otro canal interoceánico sin esclusas. Además de esto, las naciones americanas pueden tener necesidad, para completar su desarrollo, de reformar la Naturaleza, procurándose vías internas acuáticas, destinadas al servicio de sus propios intereses, sin descuidar los del mundo culto, ni menos oponerse a ellos. Argentina y Chile sienten la necesidad de tender un lazo líquido entre sus pueblos, y no es de ayer la idea de excavar un canal interoceánico en las latitudes australes del Continente americano. El Brasil puede pensar un día en utilizar sus inmensas posibilidades económicas para completar, de acuerdo con el Ecuador y el Perú, la obra de la Naturaleza en la América del Sur, uniendo las aguas del océano Pacífico a ese mar de agua dulce que baña las selvas americanas a lo largo de la línea equinoccial. Colombia, nación pobre hoy, cuyo territorio puede dar cabida a 85 millones de habitantes, con un índice de población como el de Francia, o a 190 millones, con una densidad igual a la de Bélgica, y cuyas riquezas naturales en tres reinos la pondrían, debidamente explotadas, en capacidad de bastar a las necesidades de su máxima población, sin dejar de vender al mundo un exceso considerable de sus variadas producciones, Colombia, digo, necesitará entonces un canal interoceánico propio, para excavar el cual posee la más ventajosa y barata de las rutas exploradas hasta el día. Basta una «ochiata» sobre el mapa de Méjico para comprender que el desarrollo de sus oportunidades naturales requiere la apertura de un canal al través de su territorio entre los dos océanos; acaso uno solo no sería suficiente para corresponder a las necesidades de todo género que está creando la civilización en esa vasta comarca, suntuosamente dotada por los hados previsoros.

Mr. Hughes declara que todas esas vías, sea quien fuere su excavador, han de quedar bajo la protección de los Estados Unidos. ¿Qué significa la protección en estas circunstancias peculiares? Mientras no exista un convenio de obligaciones mutuas entre la nación protegida y

la protectora, la posición de la primera envuelve una cesión de soberanía. La situación de la nación protegida sin tratado bilateral es la del individuo favorecido gratuitamente por un magnate, la del hombre que existe por la munificencia de un amigo, de un personaje cualquiera, sin que medien servicios recíprocos. En el caso del Gobierno, lo equívoco de la situación se hace más intolerable, porque la nación es soberana, y el Gobierno no puede enajenar su soberanía sin el consentimiento de los gobernados.

La protección que el Gobierno de los Estados Unidos deba prestarles a las naciones americanas, sin la voluntad de éstas, o hasta ahora, con su tácito y lamentable consentimiento, envuelve, de rigor, el poder de hacer desembarcos, de fortificar las riberas del canal, de ejercer actos de soberanía y de prolongar la ocupación del territorio hasta que las necesidades de la protección lo exijan, a juicio, ya se entiende, del noble y desinteresado protector. Y hay veinte Repúblicas, soberanas e independientes, que oyen pronunciar estas palabras por un secretario de Estado de una nación extranjera, y no dicen esta boca es mía. ¿Qué noción tienen esos Gobiernos de sus deberes para con los gobernados? ¿En dónde han estudiado la historia y el derecho de gentes los cancilleres de esas Repúblicas? Supongamos que mañana declarase, en una función oficial y pública, el ministro de Relaciones Exteriores Francia (pido perdón por la comparación, tanto a Mr. Hughes como a M. Poincaré), que el Gobierno francés asumiría de hecho la protección de todo canal que se abriese entre el mar Báltico y el Mediterráneo. ¿Se quedarían los Gobiernos de Europa esperando a que llegase el momento de empezar la excavación para formular una protesta? Es posible, porque en Europa vacilan muchas nociones de aquellas en que se basaban la ley internacional y el respeto mutuo; pero si así fuere, América no debe imitar a Europa.

Hay más aún. Alemania, por la gracia comunicante del Tratado de Versalles, está en el régimen de sus vías acuáticas interiores, para ante Francia, Bélgica, Inglaterra e Italia, en la misma situación en que las palabras de Mr. Hughes ponen a las naciones iberoamericanas. Alemania aceptó esa lamentable dependencia en desagravio de enormes culpas, de errores históricos monstruosos, y, sobre todo, porque fué vencida. Las naciones americanas aceptan su destino envolviéndole en un cristiano silencio, en una inexplicable condescendencia.

Importa ahora analizar la posición europea frente a la declaración de Mr. Hughes. Los Estados Unidos protegerán todo canal americano contra los posibles perturbadores de su uso racional y legítimo. Solamente las naciones europeas están en capacidad, con sus formidables e inútiles Armadas, de apoderarse por la fuerza de aquellas rutas y cerrarlas al tráfico universal. La idea de protección presupone la existencia de amenazas. ¿Da por sentado el secretario de Estado, de los Estados Unidos que hay al oriente del Atlántico pueblos y Gobiernos dispuestos a toda hora a caer sobre la propiedad ajena; sin más criterio moral que su codicia y la medida de su fuerza? Acaso antes de 1919 era ése un estado de espíritu predominante en Europa e interpretado prácticamente por alguna potencia americana en Panamá, en Méjico y en otras comarcas menos conocidas. Pero desde 1919 el mundo civil quiere vivir otra vida. Las agresiones de la codicia y de la fuerza tienen cierto género de sanción en la Europa de nuestros días. Las naciones débiles están protegidas por una institución real y por normas ju-

ridicas universalmente aceptadas. Los Estados Unidos se niegan a pertenecer a esa institución y a reconocer esas normas. Su actitud parece dar a entender que contra un grupo de naciones rapaces, la sola manera de conservar en América el reinado de la justicia internacional es que ellos asuman la policía del hemisferio occidental. ¿Aceptan las naciones europeas este criterio y la clasificación arbitraria que de él se desprende? En el rigor de su significado, y estudiada a la luz de los precedentes, es más bien una amenaza que una promesa de auxilio la declaración de Mr. Hughes, cuyo contenido y alcances bien merecen ser estudiados y discutidos serenamente por el Consejo de la Sociedad de Naciones en la mejor oportunidad. Si no, puede decirse que el mundo culto vuelve, por sus pasos contados, al predominio de la fuerza bruta.

B. SANIN CANO

REAL CÉDULA

Al Corregidor de Palos para que Diego Prieto restituya a Pinzón un esclavo que tomó abonándole su valor.

El Rey y la Reyna.—Nuestro Corregidor de la villa de Palos. Vicente Yáñez Pinzón y sus sobrinos de la villa de Palos, nos hicieron relación que al tiempo que fueron a descubrir, ellos prometieron a un Diego Prieto, vecino de esa dicha villa; que de los esclavos que trujiesen de aquel viage le darían uno e que estando ellos en esta nuestra Corte, el dicho Diego Prieto le tomó un esclavo que tenían en esa villa que es muy necesario para ellos porque dicen que sabe bien nuestra lengua y la de los dichos indios de que dicen que reciben mucho daño; e nos suplicaron mandásemos que les fuese restituído el dicho esclavo, aquellos estan prestos a le pagar el valor del Por ende Nos vos mandamos que vos informéis de lo susodicho e si hallárades ser así, les hagais restituir el dicho esclavo, dando al dicho Diego Prieto la estimación de lo que otro esclavo comúnmente vale, e non hagades ende al Fecha en Granada a 20 días del mes de Junio de 1501 años. Yo el Rey.—Yo la Reyna.—Por mandado del Rey e de la Reyna, «Gaspar de Gricio».

El fracaso del panamericanismo

«Los aplausos estruendosos que acogieron la presencia del Representante de México, don Carlos Trejo y Lerdo de Tejada, patentizando de tal modo la admiración de las naciones del Sur por la actitud viril de la nación mexicana al rehusarse a asistir a la cita cortesana dada con su insolencia habitual por los Estados Unidos, acumularon el nubarrón primero sobre la frente fosca de los enviados de Washington.

Después, el incidente promovido por los Representantes de Puerto Rico, que pedían se discutiera la emancipación de la isla del yugo de los dominadores.

Más tarde, la proposición audaz del delega-

do de la República de Costa Rica, que insinuaba una reforma de los Estatutos de las Conferencias en el sentido de que se concediera derecho a las naciones hispanoamericanas para nombrar representantes en el Congreso aunque no contaran con Ministros acreditados en la Casa Blanca, todo con la mirada esencial de hacer entrar a México en él.

Ya hemos apuntado la conmoción ocasionada por este arranque de hidalguía que vino a robustecer el marcado sentimiento anti-yanqui.

El total de las naciones hermanas apoyó la iniciativa y únicamente por la actitud del Brasil se logró que la discusión de ella fuera aplazada.

Al final, un hecho inesperado vino a dar al traste con la serenidad del Presidente.

Fué el caso que aproximándose la fecha marcada para la disolución de la Asamblea sin que nada se hubiese logrado, a no ser la evidencia del ocaso de la hegemonía norteamericana en el Continente, los delegados de las infortunadas Repúblicas de Haití y Santo Domingo, comenzaron a dar muestras de actividad. Uno de ellos, el de la noble República Dominicana, era el señor Manuel M. Morillo, colabora-

dor nuestro en nuestra cruzada por la Justicia y la Libertad de Hispanoamérica, un verdadero patriota que cuenta con algo que vale más que la erudición y la suficiencia: con su hombría y su dignidad. El señor Morillo que ha venido demostrando una irreprochable rebeldía contra los conculcadores de la soberanía de su patria, principió por distribuir entre los delegados copiosos ejemplares de «El Heraldo de la Raza» y multitud de folletos en que se pedía la libertad absoluta de la isla. Luego, ante la estupefacción general, escaló la tribuna.

Sus frases sin circunloquios pedantes ni el alud de citas indigestas, fueron una granizada brusca contra el imperialismo de Norteamérica. Las sinceridad y la equidad estaban con él y por eso sus palabras salidas del corazón alcanzaron la elocuencia e hicieron que una corriente eléctrica exaltará al auditorio; la expectación producida por aquel bravo que esgrima la verdad, estalló en un escándalo ensordecedor. Los aplausos tronaban en el recinto y los hurras a la Ame-

rica Hispana eran tan frecuentes como los atroces oprobios a los agiotistas septentrionales.

«¡Únicamente exigimos Justicia!»—tronaba el orador.—«Que los invasores desocupen un lugar que no les pertenece...» El señor Morillo bajó entre salvas y vitores.

Mr. Fletcher se envolvió en un mutismo absoluto, y después de rehusar asistir al banquete ofrecido por el delegado cubano, tomó su pasaporte para Washington, tascando el freno de la derrota.

El Panamericanismo, pues, está ahora en agonía. Los países hispanoamericanos son reacios para soportar ningún yugo, ni siquiera una preponderancia externa.

El porvenir se encargará de demostrarlo.

El artículo que precede, de «El Heraldo de la Raza», de México, da idea cabal de la valiente actitud de nuestro querido amigo señor Mori-

llo de la que ya hicimos mención anteriormente y pone además de manifiesto, ciertos indicios consoladores de los pueblos hispanoamericanos que comienzan ya a exigir la consideración y el respeto que merecen.

Es necesario que conozcamos estos hechos sugestivos

que denuncian la existencia de una conciencia colectiva cada día más arraigada y firme de las naciones hispanoamericanas hacia la consolidación de la ansiada solidaridad continental cimentada en la «paz y el respeto mutuo y no en la imposición y el despojo».

Los tiempos han cambiado y ya en América, tierra de promisión y de libertad, no podrá tener ambiente ningún imperialismo.

(De la «Revista de la Escuela de Comercio», de Asunción Paraguay.)



BUENOS AIRES. — Palacio de la Bolsa

VOCES AMIGAS

México 10 Diciembre 23

Al Director de la revista «La Rábida».

Huelva, España.

Me permito solicitar de usted, en canje con nuestro boletín bibliográfico «El Libro y El Pueblo» (5.000 ejemplares tiraje) la revista «La Rábida» que usted dignamente dirige, a ser posible desde el número 1 del año I, pues deseo dar a

nuestros lectores los sumarios de dicha publicación con la debida puntualidad. Recibirá usted nuestro boletín a contar de esta fecha.

Anticipándole mis más expresivas gracias por su deferencia y poniéndome a sus órdenes, le saludo con mi consideración muy atenta.

El Jefe de la Dirección Central de Bibliografía.—RAFAEL HELIODORO VALLE.

POESÍAS

DESTINO AZUL

Queriendo Dios que el hombre fuera hombre
lo colocó sobre una barqu chuela,
lo acarició con sus pulidas manos
y lo lanzó a los mares de la idea

Tembló el hombre al mirarse frente a frente
de las vacilaciones del océano
porque creía que él era un gusanillo
y no un fuerte gigante soberano.

Y Dios le dijo con palabra suave:
Has de salir de todo abatimiento
con el vuelo magnífico del ave.

y vencerás la cólera del viento
izando en lo más alto de la nave
el pabellón azul del pensamiento!

Barba - Costa Rica.

MARCO JULIO SALAZAR.

LA POESÍA

—¿Es arte del demonio o brujería
esto de escribir versos? (Le decía
no sé si a Calderón o Garcilaso,
un mozo más sin jugo que el bagazo.)
Enséñeme, maestro, hacer siquiera
una oda chapucera.

—Es preciso no estar en sus cabales
para que un hombre aspire a ser poeta;
pero, en fin es sencilla la receta.
Forme usted líneas de medidas iguales,
y luego en filas las coloca juntas
poniendo consonantes en las puntas.

—Y en el medio? —¿En el medio? ¡Ese es el cuento!
Hay que poner talento.

RICARDO PALMA.

LA EMOCIÓN DE ESPAÑA

Manolo Sinrot ha publicado otro libro.

Y estos cortos renglones con que lo anunciamos, pudiéramos decir que son nuestro mayor elogio, porque el nombre de Sinrot es una garantía de extraordinario acierto.

Apremios de tiempo nos impiden ocuparnos hoy de «La emoción de España», pero no queremos privar a nuestros lectores del primer capítulo, para que los españoles que en América lean «La Rábida» se den cuenta de lo que es el nuevo libro.

«No ha mucho tiempo llegaron a Huelva cuatro muchachos, alumnos sobresalientes de una gran escuela nacional, dirigidos por el culto estudiante de Ciencias de la Universidad de Madrid, Alfonso Lulio

Una fundación particular había establecido el premio extraordinario, consistente en costear *la visita a los lugares principales de España, en un viaje de recreo e instrucción*, a los cuatro alumnos que, poseyendo dotes excepcionales, hubieran concluido las primeras letras con una gran brillantez.

Son éstos: Juanito Menéndez, rubio, pálido, de ojos azules, que tiene sed de lecturas y libros; Pepe Velázquez, moreno, alto, con los ojos negros; algo soñador y aficionadísimo a pinturas, estatuas y monumentos; Miguel Saavedra, de frente ancha y nariz algo curvada, decididamente campechano y popular, y Fernando Cid, cuya característica es la natural elegancia de su porte, compatible con la fuerza y la agilidad triunfadoras en los ejercicios físicos, y que, junto con un entendimiento claro, tiene un corazón noble que se agita cuando ve desfilar los soldados, y al pasar la bandera roja y amarilla se le nublan los ojos, nobles y expresivos.

Los maestros de la escuela donde los triunfos de estos niños produjeron el premio que se dijo antes, quisieron que la expedición se realizara bajo la tutela de Lulio, un buen mozo de veinte años, al que entregaron unos apuntes de toda España, que ilustrarían a los expedicionarios en el extenso y patriótico viaje.

La llegada a Huelva tenía por objeto realizar el pensamiento acariciado por los niños, desde que se les adjudicó el premio, de inaugurar el curso de sus expediciones con una visita a la Rábida, que representa el momento culminante de la expansión de España.

La Rábida, cuna del descubrimiento de Amé-

rica, es el santuario donde la raza hizo concurrir todas sus energías espirituales y toda la preparación material necesaria para lanzar a través del mar tenebroso aquellas carabelas, gaviotas incansables, emisarias del genio de España, de quien recibieron mandato por el que, ni las noches medrosas, ni la oscuridad geográfica, ni las tormentas, rebeliones, misterios ni desesperanzas, fuesen poderosas a vencer el propósito férreo de llegar a las tierras nuevas...

En un vaporcito de la Junta de Obras del puerto de Huelva salieron embarcados los niños, río Odiel abajo, con el simpático Lulio.

Huelva, vista a la luz de aquella mañana de primavera, parecía desde el río un rebaño inmenso de ovejas blanqueando las faldas de las colinas del *Conquero*.

—¿Cómo se llama ese muelle grande y negro?—preguntó Cid al patrón del vaporcito.

Ese es el muelle de Riotinto.

—¿De quién es, diga usted?

—De los ingleses.

—¿Y por qué no de los españoles, señor patrón?

—Pues .. yo no sé. Pero aquí todos los señores que entienden de esas cosas dicen que un Gobierno de hace cincuenta años vendió las minas de Riotinto a una compañía inglesa, como quien dice, por cuatro cuartos. ¡Valiente torpeza! ..

—Verdad que lo fué —afirmó Lulio, — pues Riotinto es la primera producción del mundo en piritas ferrocobrizas. La provincia de Huelva, con sus famosas minas de Riotinto, Tharsis y otras, produce más de la mitad de las piritas del mercado mundial .

¿Y pirita que es Lulio? —preguntó con interés Saavedra.

—¿Pirita? Azufre mezclado con cobre o con hierro. .

¡Qué lástima!—suspiró Menéndez.

Iban los nervios de Cid a dispararse en alguna queja patriótica, cuando el patrón señalando a una colina todavía lejana de la orilla izquierda del río, dijo:

Aquella de allí es la Rábida.

Los muchachos se quitaron, unos sus gorras, otros sus boinas, y, poseídos de una emoción y de una seriedad de hombres, miraron con avidez...

—¡Ah! ¡La Rábida!... ¡La Rábida!...

El patrón del barco, hombre de la tierra rabideña, al contemplar el espectáculo moral de aquellas criaturas, tan vibrante, de un amor que a él le llegaba también al fondo de la vida, sin-

tió removerse en su corazón el orgullo legítimo, propio de un descendiente de aquellos marineros que fueron la gloria de las carabelas descubridoras, y ocultó la cara en el volante del timón para que los chicos no le vieran conmovido.

—*Ese río que viene por la izquierda*—dijo Menéndez—*debe ser el Tinto, por que vamos por el Odiel, y la Rábida está en la confluencia de los dos.*

—*El Tinto es*—dijo el patrón.

Los chicos desembarcaron en el precioso muelle de la Rábida y empezaron a subir la cuesta que conduce al Monasterio. La figura de un fraile franciscano, que atravesó el jardín en actitud pensativa, dió a los visitantes una sensación de espejismo histórico; estaban en la Rábida, y un fraile de San Francisco, hermano de los que hospedaron a Colón, ponía en el recinto colombino una nota de humildad y penitencia.

Oye, tú ¿será el Padre Marchena?—preguntó, sin ánimo de broma, Miguel Saavedra a Velázquez, y éste contestó:

—*No es el padre Marchena; pero para nosotros como si lo fuese..*

—*Como si lo fuese* —dijeron los demás.

El superior de la comunidad les acompañó amablemente durante la visita.

Admiraron el precioso claustro mudéjar, con pinturas muy interesantes y sabiamente restauradas por el insigne arquitecto don Ricardo Velázquez.

Luego visitaron la llamada celda del Padre Marchena, el refectorio y las habitaciones que en el piso alto ocupa la Sociedad Colombina de Huelva, cuyo presidente, que por curiosa coincidencia tiene los apellidos de Marchena y Colombo, explicó con afecto caluroso a los niños la razón de ser de la benemérita institución, que tiene convertido en un culto espiritual todo lo que se relaciona con los venerados lugares colombinos.

Vieron la iglesia del convento, el precioso Cristo del altar mayor lleno de la sencilla unción de las esculturas del siglo XV, y ante cuya imagen rezaron Colón y los hermanos Pinzones.

Los niños se arrodillaron también. Aquel Cristo era el señor de la Fe y de la Patria, y España tocada en el corazón de los escolares con una caricia de seda y amores. Velázquez tenía la boca abierta ante aquella imagen colocada en las fronteras de la Edad Media a la Moderna. Menéndez desplazaba en su pensamiento las ideas que le sugería aquel *formidable libro de Historia*, que eso es la capilla del Monasterio humilde. Miguel Saavedra se guardaba sus gracias

pensando en la grandeza de las pobres carabelas colombinas. El arrebatado Cid lamentaba con toda su alma no haber sido marinero el año 1492 para tomar parte en la empresa descubridora, y Lulio el científico pensaba que allí, en aquella silenciosa mansión, se redondeaban planetas y se enmendaban conceptos milenarios. Allí, sobre la vieja fórmula plana, se ponía definitiva, prácticamente, la fórmula esferoidal del mundo. Para Lulio aparecía entonces el genio de España como un geógrafo creador y como un geómetra gigante, desarrollando sobre las aguas del mar desconocido una ecuación luminosa y eterna. El sol metió un rayo de alegría en la iglesia, y Saavedra, asomándose a la puerta exterior de la capilla, grito, señalando al mar:

—¡He allí al enemigo!

—*El enemigo, no*—dijo el Padre superior.—*Enemigo fué hasta el siglo XV; pero los mariners de Huelva, de Moguer y de Palos lo convirtieron a la fuerza en un aliado de las ideas de España. El camino de América, que es el mar, es la amistad de dos mundos*

Después de almorzar en la Rábida, visitaron los niños, en Palos de Moguer, la iglesia parroquial, que guarda la virgen de Colón, llamada de los Milagros; el púlpito donde se leyó la Pragmática de los Reyes Católicos ordenando la expedición al Nuevo Mundo; la artística Puerta de los Novios y con la satisfacción de estrechar la mano del alcalde de Palos, que obsequia, con beneplácito del pueblo, a los que visitan la patria de los grandes descubridores, regresaron a Huelva.

Al pasar nuevamente, ya en la ría del Odiel, delante del gran muelle de Riotinto, Fernando Cid, lleno de animación dijo:

—*Eso tiene que ser de España. Yo respeto profundamente a los que lo tienen ahora, -por que están en su derecho...; pero eso será español...*

—¡Ojalá!—dijo Pepe Velázquez

—¡Es imposible!—añadió Menéndez.

—*Imposible no hay nada cuando se viene de la Rábida y de Palos...*—dijo con énfasis Fernandito.

Saavedra, sonriendo, le dijo a Cid:

Anda, anda, resuelve tú ese problema si te atreves...

—*Yo no sé resolverlo; pero... Lulio... ¿No tiene eso cura. Lulio?*

Y Alfonso Lulio, el mentor y amigo, mirando primero a la ya distante Rábida y después al imponente muelle inglés, afirmó:

—*Yo creo que tú tienes razón, Fernando. Eso debe ser español...; debe serlo. Si el Esta-*

do se equivocó al vender las minas, la Nación puede corregir el error...

Explica eso dijo Saavedra

—*Fácil es explicarlo y difícil de ejecutarlo. El Estado, con aquél gobierno de entonces, vendió, y la Nación de ahora, con sus comerciantes banqueros, sociedades y capitalistas puede enmendar el yerro comprando siempre que haya ocasión, acciones de Riotinto, hasta llegar a colocar en manos españolas la posesión de la mayoría. Entonces la Compañía de Riotinto será española. ¡Ya lo sé!... Es preciso para ello trabajo, mucho trabajo, patriotismo y una perseverancia nacional en la idea... Tardarán diez, veinte, cuarenta años; pero como se tenga el espíritu que viene de allí... de la Rábida... eso será español.*

Fernandito Cid, al oír triunfante su deseo en labios de Lulio, gritó con toda la fuerza de su juventud:

— ¡Viva España!

¡Vivaaa! contestaron todos, y entraron alegremente en Huelva.

* * *

Iban los expedicionarios en el tren de Sevilla, alegres como la mañanita de primavera. Dijérase que eran pájaros charlatanes, gorriónes al sol, porque la vida se les hacía palabra y mareaban a fuerza de preguntas al bondadoso Lulio, al revisor del tren y a todo el que se les ponía a tiro sobre Moguer y su prohombre Burgos; el convento de Santa Clara; las murallas de Niebla, donde se hizo por vez primera uso de la pólvora; las viñas del Condado; la torre de la Palma... Un filósofo griego decía que el instinto de la curiosidad es el principio de la ciencia.

Entró en el departamento de los escolares un señor de aspecto agradable, natural de Isla Cristina (Huelva), que saludó con un ¡*Buenos días nos dé Dios!*, contestado, cortés y gustosamente, por nuestros amiguitos.

No habían pasado diez minutos, y ya don Román, gran negociante de salazones y conservas de pescado, hacía conocimiento con los muchachos y muy especialmente con Saavedra, que en eso de la charla y el enganche de simpatía era un polluelo de águila.

Lulio le hizo preguntas sobre la importancia de los negocios de pesca, y entonces supieron los escolares, admirados, que hay en nuestra costa atlántica pueblos enteros de gran importancia que no tienen más vida que pescar sardinas y atunes, conservarlos, venderlos luego en todo Europa y América.

Los chicos se interesaban profundamente

cuando don Román les explicaba la ingeniosa manera de pescar el atún por medio del arte llamado *almadraba*.

— *El atún* - decía - *se pesca principalmente en esta provincia y en la de Cádiz. Estos peces tienen 150 y hasta 200 kilogramos de exquisita carne. En el mes de Mayo vienen desde los mares altos de Europa millones y millones de ellos a desovar al Mediterráneo. Como traen una trayectoria fatal, ciega, invariable, y gustan venir a pocos kilómetros de la costa, el hombre, aprovechando esa circunstancia y la de ser estos animales muy medrosos, ha inventado la almadraba, arte ennoblecido por la cita que de él hace el príncipe de nuestros ingenios en la novela inmortal. Se tiende en el mar una cuerda en sentido perpendicular a la playa, y en el extremo de ella, mar adentro, hay redes y embarcaciones convenientemente colocadas. Como los atunes vienen en la dirección de la costa, al ver aquella cuerda se asustan y navegan paralelamente a ella con el instinto de salvarla y luego proseguir hacia el Sur; pero cuando van en ello entran de pronto en la trampa, donde muchas veces caen mil y dos mil. Al verse presos los mil, los dos mil monstruos, se agitan, revuelven las aguas, salpican las espumas hasta el cielo, y la gritería ensordecedora de los marineros, la satisfacción bulliciosa de los interesados, pues aquella pesca vale muchísimos miles de duros, y el mar inmenso y el sol brillante, que dan a las operaciones el realce de la majestad y la belleza, forman una verdadera fiesta de la industria; un espectáculo como habrá pocos en el mundo.*

— ¡Qué bonito! — dice Fernando Cid.

Y concluyó Román:

Los peces están como perdidos en la inmensidad del mar. Si no se les pesca, es como si no existieran; si se les pesca, su carne, exquisito alimento, constituye una riqueza nueva que entra en la circulación de la vida. Así, pues, no exagero al decir que quien pesca crea

— *Y hace patria* — agregó Lulio, con el asentimiento de todos.

Al llegar a Escacena se despidió don Román de los niños, que lo vieron ir con tristeza, pues se les había hecho simpático.

* * *

En la misma estación entró en el departamento un hombre, que fué recibido por los chicos con indiferencia.

Hacia dos horas que nuestros amigos desayunaron en Huelva, y ya empezaba el apetito a dar voces en aquellos estómagos, beneficiarios del divino privilegio de la juventud. A pesar de todos los pesares, había que aguantarse hasta Sevilla donde almorzarían a las doce.

El sujeto recién llegado al departamento de nuestros expedicionarios debía de estar tocado de unos sentimientos análogos a los de aquéllos, porque, después de abrir dos o tres veces la boca con bostezos bien significativos, tiró de una fiambarrera de aluminio y, al destaparla, quedó a la vista de los escolares una pequeña cordillera de lonjas de jamón.

El rojo oscuro casi transparente de la parte magra, la delgadez pálida del blanco y, sobre todo, el perfume insinuante que la mágica fiambarrera daba de sí a causa de su precioso contenido, se entraron ojos y narices adentro de los escolares, y aquello fué un clarín despertador de toda la sensibilidad vegetativa. A Saavedra se le hizo la boca agua; Lulio, con toda su *hombria*, disimulaba la emoción divagando la vista por el valle de Aznalcázar; Cid tarareaba el *Soldado de Nápoles*, y los demás cerraban los ojos para no caerse en aquél abismo de delicias de la dichosa fiambarrera...

¿*Ustedes gustan?* — dijo el hombre.

La unanimidad absoluta con que todos los niños contestaron a la invitación con la frase *Muchas gracias, señor*, era un síntoma que, por lo menos, indicaba la completa atención de todos al asunto. Si atendían todos, por algo sería...

¿Por qué sería?

El hombre, inspirado sin duda, insistió:

— *No lo desprecieis, que es de Jabugo. . . de mi pueblo. . .*

Los chicos iban a rendirse; pero Pepe Velazquez miró seriamente a sus compañeros y se suspendió la entrega de la fortaleza. El serrano de Huelva continuó:

— *Mejor que éste no lo come ni el Rey. . . Más de doscientos mil hay colgados en las fábricas de mi tierra. En toda España no hay quien haga más y mejor. Hay que reirse de los americanos, del de York y de todos los jamones habido y por haber... ¡Esto es la gloria!*

Y el buen hombre levantaba en alto una de las tajaditas que, al iluminarla un rayo de sol entrante por la ventanilla, parecía, más que una cosa comestible, el mismísimo estandarte de la gula.

— *La gloria!* — repetía el serrano, y hacía avanzar la lonja hasta el centro de aquellos admiradores.

Saavedra perdió el sentido, alargó la mano y tomó el obsequio; pero, comprendiendo que no había hecho bien, enmendó el viaje y lo ofreció a Lulio.

— *Toma, Alfonsito...*

Lulio iba a resistir; pero, a una mirada campechana del hombre de la Sierra, se entregaron con armas y bagajes... Se entregaron todos.

— *Vaya otra, ctra, otra...; piquitos de rosca, otra...*

Si el hombre no se baja en la estación de Salteras lo canonizan.

Cuando arrancó el tren, los muchachos aplaudieron al señor de Jabugo, que les saludaba efusivamente con el sombrero hasta que perdió de vista el vagón.

Aún se comentaba el agradable suceso, cuando los escolares contemplaron allá, en el fondo del valle bético, en la llanura luminosa, la perspectiva ensoñadora de Sevilla. Los jardines de la Exposición, a la derecha, en una mancha verdoosa; en el centro, la masa ingente de la estúpida Catedral; hacia la izquierda, la Cartuja y la cinta azulada del río que pasa por Triana y por la Torre del Oro; en los alrededores, cien pueblecillos blancos, y presidiendo al paisaje y a la ciudad, la buena moza, medio mora, medio cristiana, la novia de todos los andaluces y de todos los poetas: la Giralda.»

M. SIUROT.

Sociedad Colombina Onubense

Sección del 21 de Diciembre de 1923.

Asisten: presidente, señor Marchena Colombo; señores Martínez Sanchez (don Luis), Pablo Vazquez, Martínez Sanchez (D. J.), Romero (don C.), Montenegro, Villegas (D. J.), Siurot, Pulido, Oliveira Dominguez, Cádiz Serrano, Garrido Pirelló (D. P. y D. M.), Dominguez Roqueta, Terrades, Morales Soler. Presidente de la Audiencia, Arcipreste, Dominguez Fernández y Ruiz Marchena (D. A. y D. F.).

Abierta la sesión y aprobada el acta de la anterior, el Presidente saludó al señor Lozano, Presidente de la Audiencia, que como vocal nato asistía, por primera vez a la Junta, haciéndose contar en acta la satisfacción de la Directiva.

Se da lectura a una carta del Alcalde Presidente del Excmo. Ayuntamiento excusando, por enfermedad, su no asistencia a la sesión.

Se hace contar en acta el sentimiento por la

muerte de los Exemos. Sres. don Adriano Sanchez Lobatón, Almirante de la Armada, y don Luis Molini, Ingeniero Inspector de caminos, ambos socios honorarios de la Colombina y figuras preeminentes por los servicios prestados a la patria.

Se despachan los asuntos de trámite; se da cuenta de los libros y folletos recibidos acordándose dar las gracias a sus autores y enviar los ejemplares a la Biblioteca de la Sociedad en el Monasterio de la Rábida.

Se da lectura a un B. L. M. del Excmo. Sr. Norberto Estrada, Consul del Uruguay en Las Palmas (Gran Canarias) ofreciéndose en el cargo.

Se acuerda adquirir algunos libros relacionados con la historia del Descubrimiento, Colonización y Conquista de América, así como los que se ocupen del movimiento iberoamericano, autorizando al Presidente para que los pida.

Se acuerda así mismo, dar las gracias al Ilustrísimo señor don Ramón Marcote, Presidente del Comité «Pro-Colón español» de la Habana por el ejemplar de la obra «Galicia, patria de Colón», ejemplar que se entregó al Catedrático del Instituto General y Técnico de Huelva señor Pulido el que aceptó la designación que por unanimidad recayó en él, para que dictaminara sobre tan importante asunto en el que está requerida la opinión de la Sociedad Colombina.

El Presidente da lectura a una Exposición dirigida a los Poderes Públicos, acordando la Junta hacer suyo el trabajo del señor Marchena Colombo, y editarlo para que sea conocido de los socios, Corporaciones oficiales, autoridades, centros, casinos y pueblos; consignar un voto de gracia para el señor Marchena y visitar al Gobernador Civico-Militar para hacerle entrega de la Exposición cuya conclusiones son

«Entre los alcázares, los palacios, las grandes fiestas, la ostentación, el poder y el lujo, el sentimiento racial anhelará visitar su cuna y preguntará por la Rábida, por Huelva, por que en aquella nació el Nuevo Mundo y en la bahía de ésta, todas las escuadras de los pueblos civilizados celebraron el 4.º centenario de las fechas inmortales, 3 de Agosto y 12 de Octubre de 1492.

El programa de la Exposición Iberoamericana será el de una fiesta más los de todas las fiestas sin la siluetas de «los lugares Colombinos» evocadora en los americanos la leyenda sencilla que desde niño asociaron al nombre de su patria, leyenda de un hombre con su hijo que llega a la puerta de un Convento pidiendo

«pan y agua», de la virgen de los Milagros, del Cristo de la Rábida, Cristo de amor y libertad, Cristo racial ante cuya cabeza caída, de pura escuela española, palidecen creyentes y descreídos, por que ante él pidieron con agonías de fé Colón. Fray Juan Pérez, Marchena, los Pinzones y los tripulante de la Santa Maria, la Pinta y la Niña.

La provincia de Huelva Excmo. Sr., tiene derecho y por ello le

1.º SUPLICO, 1.º A recibir en la Rábida a nuestros hermanos de América.

2.º A que las aguas del Odiel y el Tinto sean las primeras donde anclen los buques que los conduzcan a la Exposición Ibero-Americana.

3.º Los «lugares Colombinos»—la Rábida, Palos, Moguer, Huelva, la barra de Saltés, la iglesia de San Jorge en la que se leyera la Pragmática de los Reyes Católicos, la «Fontanilla» donde hicieron «aguada» las carabelas, la «Puerta de los Novios», Santa Clara, la ermita mudéjar de la Virgen de la Cinta ante la que cumplió exvotos el Almirante al volver de su primer viaje... deben figurar en la Guía que se edite para el mundo iberoamericano, y el Gobierno que no puede olvidar lo que debe a los valores éticos de la nación, hará que se organicen servicios de trenes entre Huelva-Sevilla y viceversa, trenes que circunvalando esta última ciudad, recorriendo su gran puerto y siguiendo por la hermosa avenida de los Pinzones lleguen hasta la misma «Punta del Sebo»—cinco minutos de la Rábida—donde recogerán las comisiones, peregrinos y turistas de los trasatlánticos y dejarán los que hayan llegado a la península por otras Mensajerías marítimas.

4.º La Sociedad Colombina Onubense que ya figuró con personalidad propia en el Comité de la Exposición Iberoamericana donde tuvo representación y en este instante no sabe si continúa teniéndola, debe seguir con esa significación, aumentada, porque tratándose de un empeño de raza y de una glorificación de la Madre Patria, todos debemos y podemos cooperar; la Colombina sería un coadyuvante del Comité y además expondría al Gobierno S. M. cuanto creyera necesario para que las reliquias del Descubrimiento fuesen presentadas con el decoro que merecen al recibir la veneración de los espíritus escogidos.

5.º El Monumento a los Descubridores, frente al Monasterio de la Rábida, comenzado el 4.º centenario del Descubrimiento, debe inmediatamente terminarse; porque es triste para Es-

paña la existencia en él de unas tablillas que dicen: «No acercarse, hay peligro».

6.º Los día 3 de Agosto y 12 de Octubre que tradicionalmente se conmemoran con asistencia de los Poderes Públicos y representaciones de América, deben celebrarse el año de la Exposición, en los «lugares colombinos» y el Puerto de Huelva, con solemnidad mayor y actos que encarnen toda la emoción racial, afirmándose una vez más la «Doctrina de la Rábida», cuyos ejemplares se acompañan, proclamada por la benemérita Sociedad Colombina Onubense.

7.º En la Rábida—alrededores—debe establecerse una Escuela de Náutica; la reclaman el nombre de Colón, el astrólogo fray Antonio Marchena, el físico de Palos, Martín Alonso Pinzón y sus hermanos, los niños de Mogner...: marinos que descubrieron mundos, bien puede ser los titulares de esa escuela, única para el Iberoamericanismo.

Siendo todo lo expuesto, Excmo. Sr., de mandado por la ley del sentimiento, fuerza la más potente que rige la vida, la Sociedad Colombina espera de vuestro espíritu de justicia conseguirlo.

Lector: si sientes el ideal iberoamericano y quieres proteger eficazmente «La Rábida», que no tiene subvención alguna, haz propaganda para que se suscriban.

EVANGELIO DEL CABALLERO DE COLÓN

Asistiré a las sesiones del Consejo.

Pagaré las cuotas puntualmente.

Formaré parte, con gusto, de los Comités del Consejo.

Criticaré a mis hermanos, a mi Consejo y a mi Orden en las sesiones y no en las esquinas.

Conseguiré un socio por lo menos para la próxima iniciación.

Visitaré a los enfermos.

Estaré pendiente y me enteraré de los avisos oficiales.

Visitaré las casas de los hermanos fallecidos para ofrecer una plegaria por el descanso de su alma.

Concurriré asiduamente al Consejo, el club y la biblioteca.

Usaré el emblema de la Orden.

Seré un caballero de Colón verdadero en todos los momentos, bajo todas las circunstancias.

(Del «Boletín Oficial» de la Orden.—San Juan de Puerto Rico.)

MADRE

- M**, significa los «Millones» de servicios que de ella he recibido.
- A**, el «Amor» inmenso y desinteresado que me tiene.
- D**, los «Dolores» que resignadamente por mí ha sufrido.
- R**, que ella siempre tiene la «Razón».
- E**, que es «Emblema» de paz y amor.

Todo junto dice

MADRE

Palabra que significa el mundo para mí.

Escuela Normal, Tegucigalpa (Honduras)

SUETOS

«DEL DIARIO ESPAÑOL» DE MONTEVIDEO.—Don Eugenio López de Gomara y Lu-gones, hijo del llorado periodista don Justo López de Gomara ha instituido un premio anual de 200 pesos que se llamará «Premio López Gomez de Gomara, para otorgarlo el Día de la Raza» a la madre española de mayor número de hijos argentinos.

La idea merece los mayores elogios y es digna de invitarse.

ROGAMOS:—A nuestros favorecedores, nos perdonen la tardanza de este número por haberse tenido que mudar las cajas de la imprenta a otro salón del mismo local, con el fin de dar cabida al material recién recibido.

HEMOS:—Puesto al cobro los recibos correspondientes al segundo semestre de LA RÁBIDA, en la provincia y en España.

ADVERTENCIA.—La hacemos a nuestros favorecedores, que habiéndonos enviado el importe de la suscripción no haya leído sus nombres en «La Correspondencia», nos lo avisen a fin de subsanar errores u omisiones.

ES UN DEBER.—En el que no quiera LA RÁBIDA devolverla, otra cosa se llama «fréscura», por lo menos.

Mucho más cuando a nadie obligamos a que se suscriba.

AYUNTAMIENTOS.—Hay algunos en la provincia—por fortuna pocos—que no tienen ni

idea de lo que significa su provincia en el movimiento iberoamericano.

Es una tristeza, nos proponemos escribirles a sus ediles para que se enteren.

CORRESPONDENCIA

Don Juan Marquz Rodríguez —Villanueva de los Castelléjos.—Conformó con su liquidación del 2.º semestre del 24.—Muy agradecidos y así todos sintiera lo mismo el ideal.

Don José Dominguez López.—Madrid—Abonado suscripción hasta octubre último. Muy agradecidos.

Casino Minero.—Alfaro—Abonado.

Exc. no. Sr. D. Luis Olanda Benito —Madrid—Abonada suscripción hasta octubre último. En lo sucesivo se le girará como desea. Se le quiere y agradece.

Don Pablo Comas.—Badajoz.—Por error consignamos pagada suscripción hasta octubre del 25 cuando es hasta esa fecha del 24. Se le recuerda siempre.

Señor Calero.—Paterna del Campo—Pagada suscripción hasta enero del 24. Gracias.

Don Pío Perez.—Madrid.—Pagada suscripción hasta abril del 24. Agradecidísimos.

Señor Millares.—Gibraleón.—Conforme con su liquidación hasta fines de Octubre último, y se hará lo que indica. Gracias.

Don Pedro Alonso.—San Sebastian.—Pagado hasta diciembre último. Se le agradece.

Doña Rita Herrador.—Madrid—Abonada suscripción hasta octubre último. Muchas gracias.

Don Augusto Cueto.—Manati (P. R.)—Recibido importe suscripción hasta noviembre último. Los conceptos de su carta son reveladores de sus grandes entusiasmos por el ideal iberoamericano. Muy obligados.

Don Federico Calat.—Manati (P. R.)—Pagado hasta noviembre último. Muy agradecidos.

Don Eduardo Llanos.—Corao (Asturias.)—Pagada suscripción hasta octubre del 24. Gracias y contestaremos su grata.

Señor Presidente del Casino Minero.—Tharsis.—Conforme con su liquidación y muy agradecidos.

Don Julio Benvenuti.—Salina (P. R.)—Conforme con su liquidación Agradecidos y confiados en sus nobles entusiasmos.

Don Juan Cloquell.—Arecibo (P. R.)—Conforme cuanto V. haga nos parece bien

Don Alejandro Ivison.—Algeciras.—Abonado hasta octubre último. Muchas gracias.

Don Ramon Cardona.—Algeciras.—Pagado hasta octubre del 25. Agradecidos.

Don Rafael López.—Aracena.—Abonado hasta octubre último. Se agradecen sus nobles conceptos.

Don Enrique González.—Valdelamuza.—Abonado hasta febrero del 24. Agradecidos.

Don Felix Marrero.—Santurce (P. R.)—Conformes con su liquidación y con cuanto V. haga. Le estamos muy agradecidos.



LA RÁBIDA

Revista Colombina Iberoamericana

Se publica mensualmente
Redacción y Administración
Sagasta
Apartado de Correos, 67

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	{	En Huelva, trimestre	2'25 pesetas
		En España, "	3 "
		En el Extranjero, semestre	7 "
		Número suelto	1'25 "
		Idem atrasado	1'50 "

Para anuncios y propaganda pídanse las tarifas de publicidad

"LA RÁBIDA" EN PORTUGAL

Assinaturas	{	Serie de 6 meses. Esc.	6-00
		" 12 "	Esc. 12-00
		Número avulso Esc.	1-20

Todos los asuntos relativos a sección portuguesa, deben ser tratados con nuestro representante VIRGILIO MARQUES.—Rua Victor Bastos, 68-3.º Dpl. LISBOA.

(No se devuelven los originales que se nos remitan)

Esta Revista aspira:

A dar a conocer los Lugares Colombianos en todo el mundo.

A propagar la doctrina Iberoamericana de la Rábida, aprobada el 14 de Octubre de 1922 por la Sociedad Colombina Onubense en la solemne sesión celebrada con motivo de la Fiesta de la Raza.

A defender los ideales de la Sociedad Colombina, a cuyo fin se declara, desinteresadamente, órgano de dicha sociedad.

A estimular el turismo hacia esta región de la Península, cuna del Nuevo Mundo y privilegiada por el clima, suelo y subsuelo.

(Los que no se suscriban deben devolver el número que reciban, es un ruego para ir regulando las tiradas)

Como el propósito de LA RABIDA no es el lucro, mejorará su presentación y aumentará su tirada en proporción al auxilio que le presten sus lectores.

Si el amor al ideal estuviese tan muerto que LA RABIDA no pudiese decorosamente vivir, no se arrepentiría de haber intentado esta segunda salida. Habría cumplido con su deber.

¡Quiera su buena estrella no tropiece con los que se burlaron, maltrataron y escarnecieron a aquel hidalgo castellano que se llamó don Alonso Quijano, inmortal caballero de la «Triste Figura».

ANUNCIOS BREVES Y ECONOMICOS

La actividad.—Instalaciones de luz eléctrica y timbres.—Material eléctrico de todas clases.—Plaza de las Monjas, 4.—HUELVA
Teléfono, núm. 253.

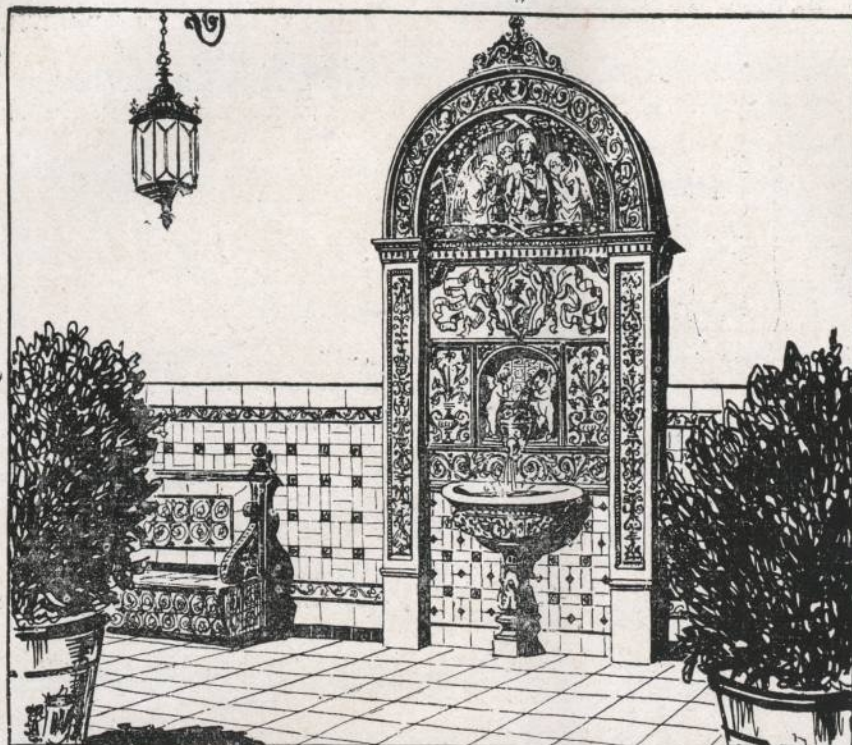
Tejidos Nacionales y Extranjeros.—Paquetaría y Quincalla.—JUAN LLANES PEREZ.—Duque de la Victoria, 7.—HUELVA.

Antonio Plata.—Imprenta y Encuadernación. Especialidad en trabajos comerciales.—General Azcárraga, 12.—HUELVA.

El Anteojo.—Baldomero Campos.—Optico. Sagasta, 24.—HUELVA.

Narciso Morgado.—Odiel, 121, HUELVA.—Obras por cuadernos con valiosos regalos. Ampliaciones de fotografías.

GUILLERMO DURAN.—Mármolista.—Sagasta, 27.—HUELVA.



CERAMICA, AZULEJOS,
PAVIMENTOS, HIERROS ARTISTICOS

CASA GONZALEZ

ANTES CARLOS GONZALEZ y HERMANO:

MADRID (GRAN VIA 14) SEVILLA (TETVAN 25)

HUELVA, MALAGA, CORDOBA +

DISPONIBLE

Casa Muñoz Fragero

La casa que más surtido presenta en Artículos de alta fantasía.

Confecciones para señoras y niños.

Grandioso surtido en Abanicos del País y Japoneses.

Bisutería y Perfumería.

Especialidad en objetos para regalos.

Concepción, 2

HUELVA

Labrador y Barba

ALMACEN AL POR MAYOR DE CEREALES, COLONIALES Y HARINAS

C. Odiel, 17

HUELVA

“EL ISTMO”

ULTRAMARINOS FINOS

Gran surtido en artículos nacionales y extranjeros

JUAN MATEO JIMÉNEZ

Joaquín Costa, 1 y Vázquez López, 6

HUELVA

Anunciarse en “LA RABIDA” es hacer una gran propaganda en la Península y en América